

NEW LEFT REVIEW 120

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2020

ARTÍCULOS

JUAN CARLOS MONEDERO	Francotiradores en la cocina	7
CARLO GINZBURG	El vínculo de la vergüenza	39
NICHOLAS MULDER	Homo Europus	49
MICHEL HARD & ANTONIO NEGRI	<i>Imperio</i> , veinte años después	71

MOVIMIENTO

ROHANA KUDDUS	Indonesia, sorpresa en septiembre	99
ZION LIGHTS	Rebeldes contra el cambio climático	113

ARTÍCULOS

AARON BENANAV	Automatización, segunda parte	125
---------------	-------------------------------	-----

CRÍTICA

OWEN HEATHERLEY	Una utopía de adobe	159
EMMA FAJGENBAUM	La despedida de Akerman	168
OLIVER EAGLETON	¿Grilletes forjados por la mente?	173

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

IMPERIO, VEINTE AÑOS DESPUÉS

HACE VEINTE AÑOS, cuando se publicó originalmente nuestro libro *Imperio*, los procesos de globalización económicos y culturales ocupaban la escena central: todo el mundo percibía que estaba emergiendo un nuevo orden mundial de uno u otro tipo. La globalización vuelve a ser hoy un tema central, pero ahora comentaristas situados a todo lo largo del espectro político están practicándole la autopsia. Los analistas políticos del *establishment*, en especial en Europa y Norteamérica, lamentan la decadencia del orden internacional liberal y el deceso de la *Pax Americana*. Las fuerzas reaccionarias de nuevo predominantes piden el retorno de la soberanía nacional, abogando por el debilitamiento de los acuerdos comerciales y presagiando guerras en torno al desenvolvimiento del comercio global, mientras acusan a las instituciones supranacionales y a las elites cosmopolitas, al tiempo que atizan las llamas del racismo y la violencia contra los migrantes. Incluso en la izquierda, algunos anuncian una renovada soberanía nacional que servirá como arma defensiva contra las depredaciones del neoliberalismo, las empresas multinacionales y las elites globales.

A pesar de dichos pronósticos, tanto anhelantes como angustiados, la globalización no está muerta, ni siquiera en decadencia, sino que simplemente es menos descifrable. Es cierto que el orden planetario y las estructuras de mando global correspondientes están en crisis en todas partes, pero las diversas crisis de hoy no impiden, paradójicamente, que continúe el dominio de las estructuras globales. El orden mundial emergente, como el propio capital, funcionan a través de las crisis e incluso se

alimentan de ellas. Funcionan, en muchos aspectos, estropeándose¹. El hecho de que los procesos de globalización sean menos descifrables hoy en día aumenta la importancia de investigar las tendencias verificadas durante los pasados veinte años en la variada constitución de la gobernanza global, que incluye los poderes de los Estados-nación, aunque se extiende mucho más allá de estos, y las estructuras globales de la producción y la reproducción capitalistas.

Interpretar las estructuras primarias de dominio y explotación en un contexto global es la clave para reconocer e impulsar las potenciales fuerzas de la revuelta y la liberación. El orden global y las redes del capital emergentes constituyen sin duda una operación ofensiva contra la cual deberíamos respaldar esfuerzos de resistencia; pero deberían también ser reconocidos como *respuestas* a las amenazas y exigencias planteadas por la larga historia de los internacionalismos revolucionarios y las luchas de liberación. Al igual que el imperio de hoy se formó en respuesta a las insurgencias de las multitudes desde abajo, también podría potencialmente caer ante ellas, siempre que esas multitudes logren organizar sus fuerzas para transformarlas en contrapoderes efectivos y trazar la senda hacia una forma alternativa de organización social. Los movimientos sociales y políticos de hoy ya apuntan, en muchos aspectos, en esta dirección.

I. ESFERAS ASÍNCRONAS

Imaginemos que la actual crisis del imperio tiene lugar dentro de dos esferas encajadas –las redes planetarias de producción y reproducción sociales, y la constitución de la gobernanza global– cada vez más asíncronas. La esfera interior, el ámbito planetario de la producción y la reproducción sociales, está constituida por redes de comunicación cada vez más complejas y densamente interconectadas, por infraestructuras materiales e inmateriales, por redes de transporte aéreo, acuático y terrestre, por cables transoceánicos y sistemas satelitales, por redes sociales y financieras y por múltiples interacciones superpuestas entre los ecosistemas, los seres humanos y el resto de las especies. Dentro de esta esfera planetaria persisten formas tradicionales de producción

¹ Para Deleuze y Guattari la naturaleza esquizofrénica de la maquinaria capitalista está en parte *demostrada* por el hecho de que «funciona estropeándose». Véase G. Deleuze y F. Guattari, *Anti-Oedipus*, Minneapolis, 1983, p. 31; ed. orig.: *L'anti-Edipe: Capitalisme et schizophrénie*, París, 1972; ed. cast.: *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, 1995.

económica localizada, como la agricultura y la minería; pero están siendo progresivamente absorbidas, dinamizadas y en muchos casos amenazadas por estos circuitos intercontinentales. También el trabajo está atraído a la red planetaria de mercados, infraestructuras, leyes y regímenes fronterizos, y constreñido por ella. Los procesos de valorización y explotación están dominados por una cadena de montaje mundial muy variada, pero aun así integrada. Por último, tal vez las instituciones de reproducción social y los circuitos del metabolismo ecológico sigan siendo locales, pero también ellos dependen cada vez más de grandes sistemas dinámicos por los que a menudo se ven amenazados.

Estos sistemas planetarios subsumen, tanto en términos formales como reales, diversas prácticas de producción y reproducción sociales, en espacios y temporalidades dispares. El hecho de que esta esfera sea tan heterogénea, compuesta por una proliferación de fronteras y jerarquías a diversas escalas vigentes en cada metrópoli, Estado-nación, región, continente, no debería impedirnos reconocerla como un todo coherente, si bien altamente variado: un conjunto planetario, único y denso². Esta interconectividad se observa más claramente, quizá, cuando afrontamos nuestra vulnerabilidad compartida: ante la devastación nuclear o un cambio climático catastrófico, toda la red de seres vivos y tecnologías se ve amenazada, y no deja nada ni a nadie intactos.

Rodeando esta esfera de la producción y la reproducción sociales, englobándola, se encuentra otra, compuesta por sistemas políticos y jurídicos entrelazados en diferentes escalas: gobiernos nacionales, acuerdos jurídicos internacionales, instituciones supranacionales, redes corporativas, zonas económicas especiales, etcétera. No es un Estado global. A medida que las pretensiones de soberanía nacional se desvanecen, lo que emerge cada vez más en su lugar son regímenes de gobernanza transnacionales. Estas estructuras superpuestas componen una constitución mixta, que luego analizaremos con más detalle. En la superficie de esta esfera, las riendas del dominio las sostienen principalmente los propietarios del mundo de abajo: capitanes de la industria, barones financieros, elites políticas y magnates de los medios de comunicación.

² Sobre la proliferación de divisiones, jerarquías y fronteras a escala del espacio planetario, véase Sandro Mezzadra y Brett Neilson, *Border as Method, or, the Multiplication of Labor*, Durham (NC), 2013; ed. cast.: *La frontera como método*, Madrid y Buenos Aires, Traficantes de Sueños y Tinta Limón, 2017.

A medida que ha avanzado la contrarrevolución neoliberal, las dos esferas han ido dislocándose. Rotan sobre ejes separados y en ocasiones chocan entre sí. Mientras que proyectos reformistas del siglo xx como la política del *New Deal* –o, en el plano internacional, el sistema de Bretton Woods organizado bajo hegemonía estadounidense– pretendían alcanzar un «liberalismo integrado» para estabilizar las relaciones entre las dos esferas, potenciar el desarrollo capitalista y mantener las jerarquías en todos los niveles del sistema global, la contrarrevolución neoliberal ha creado una esfera de gobernanza sin relación estructural estable con la esfera de la producción y la reproducción sociales³.

La gobernanza imperial neoliberal no busca dicha mediación y se esfuerza solo por dominar la esfera interior y capturar valor de ella. El hecho de que los circuitos productivos y reproductivos de la esfera interior sean cada vez más autónomos no impide que la esfera de gobernanza neoliberal ejerza su dominio: puede medir el valor producido allí a través de mecanismos monetarios y, por medio de diversos instrumentos de las finanzas y la deuda, extraer de ella el mayor valor posible en forma de renta. Aunque ello hace inevitablemente que proliferen las crisis económicas y financieras, estas no son signos de colapso inminente sino, por el contrario, mecanismos de dominación.

Las vicisitudes de la hegemonía estadounidense

El hecho de que las dos esferas estén cada vez más desconectadas, sin embargo, es solo una parte del relato. Debemos observar con más detenimiento la composición de cada esfera para calibrar sus fuerzas y calcular sus perspectivas. Empezaremos retrocediendo un paso para registrar cómo han cambiado las estructuras del orden global en los últimos veinte años, echando una ojeada a las potenciales avenidas abiertas hoy para las multitudes que se resisten a ellas y las desafían.

A comienzos de la década de 1990, tras el colapso de la Unión Soviética y mientras las relaciones económicas, políticas y culturales se extendían de maneras novedosas fuera del alcance de los poderes soberanos nacionales, el presidente estadounidense proclamaba el amanecer de un

³ Respecto al «liberalismo integrado», véase John Gerard Ruggie, «International Regimes, Transactions and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order», *International Organization*, vol. 36, núm. 2, 1982; véase también la actualización del artículo de David Singh Grewal, «Three Theses on the Current Crisis of International Liberalism», *Indiana Journal of Global Legal Studies*, vol. 25, núm. 2, 2018.

nuevo orden mundial. En aquel momento, tanto sus defensores como sus críticos daban mayoritariamente por sentado que Estados Unidos, que había emergido «victorioso» de la Guerra Fría como única superpotencia sobreviviente, ejercería un poder duro y blando sin parangón, asumiendo una responsabilidad cada vez mayor y al mismo tiempo ejerciendo un control cada vez más unilateral sobre los asuntos mundiales. Una década después, cuando las tropas estadounidenses entraban victoriosas en Bagdad, parecía que Bush hijo daba forma concreta al nuevo orden mundial anunciado por Bush padre. Las ocupaciones estadounidenses de Iraq y Afganistán prometían «rehacer Oriente Próximo» y al mismo tiempo crear economías neoliberales puras a partir de las cenizas de la invasión. Mientras los neoconservadores ejercitaban sus músculos, los críticos denunciaban un nuevo imperialismo estadounidense.

Contemplado desde el momento actual, es obvio que el poder unilateral de Estados Unidos era ya limitado y que las ambiciones imperialistas de Washington eran vanas. El imperialismo estadounidense no habría sido debilitado por la virtud ilustrada de sus líderes, ni por la rectitud republicana de su espíritu nacional, sino simplemente por las insuficiencias de su fuerza económica, política y militar. Estados Unidos consiguió derrocar al régimen talibán y al baazista (e infligir de hecho una destrucción trágica), pero no logró alcanzar la hegemonía estable exigida a una verdadera potencia imperialista. Ahora, tras décadas de fracaso en Afganistán e Iraq al hilo de la «guerra contra el terrorismo», pocos pueden reunir mucha fe en las ventajas del sistema mundial liderado por Estados Unidos, ni en su capacidad para crear un orden estable⁴. Desde la elección de Trump los comentaristas se han preguntado ampliamente si el orden internacional liberal logrará sobrevivir. En verdad, la *Pax Americana* y el momento en el que Estados Unidos podía sostener unilateralmente un orden institucional global habían pasado mucho antes de que Trump irrumpiese en escena⁵.

⁴ Edward Luce expresa lo que se ha convertido en una percepción casi universal: «Es difícil exagerar el daño que la guerra de Iraq le ha hecho al poder blando de Estados Unidos y a la credibilidad de la misión democrática de Occidente»: *The Retreat of Western Liberalism*, Boston, 2017, p. 81.

⁵ Las páginas de *Foreign Affairs* proporcionan una amplia demostración de la angustia sufrida por importantes defensores del orden internacional liberal en la era de Trump. Véanse, por ejemplo, los artículos de Joseph Nye, «Will the Liberal Order Survive? The History of an Idea», y Robin Niblett, «Liberalism in Retreat: The Demise of a Dream», ambos publicados en *Foreign Affairs*, vol. 96, núm. 1, 2017; y el de John Ikenberry, «The Plot Against American Foreign Policy: Can the Liberal Order Survive?», *Foreign Affairs*, vol. 96, núm. 3, 2017.

Esta nueva situación no solo afecta a Estados Unidos: ningún Estado-nación puede hoy organizar y dirigir unilateralmente el orden mundial. Quienes diagnostican el declive de la hegemonía planetaria de Estados Unidos –Giovanni Arrighi fue uno de los primeros y de los más perspicaces– proyectan en general otro país como sucesor en esa función hegemónica: al igual que el manto de la potencia hegemónica global pasó a comienzos del siglo xx de Gran Bretaña a Estados Unidos, razonan, también ahora, a medida que desciende la estrella de la potencia estadounidense, debe ascender la de otro país, siendo China el principal candidato⁶. Por el contrario, los comentaristas institucionales liberales se aferran a la creencia de que, a pesar del desorden internacional sembrado por Trump, la estrella de Estados Unidos sigue brillando sobre el mundo y afirman que se ha exagerado la decadencia relativa de su capacidad militar, económica y política. Este sigue siendo, para ellos, el único aspirante a potencia hegemónica global⁷. Hay cierta verdad en estos argumentos; pero lo más importante es que el papel de Estados Unidos, así como el de potencias emergentes como China, no debe interpretarse en términos de hegemonía unipolar sino, por el contrario, como parte de las intensas disputas entre los Estados-nación por los puestos del pódium de la constitución mixta del imperio. El hecho de que ningún Estado-nación sea capaz de ejercer la función hegemónica en el orden global emergente no es un diagnóstico de caos y desorden, sino que revela, por el contrario, el surgimiento de una nueva estructura global de poder y, de hecho, una nueva forma de soberanía.

2. LA CONSTITUCIÓN MIXTA DEL IMPERIO

Cuando Polibio zarpó de Grecia en el siglo II a. C., encontró en el corazón del Imperio romano una nueva estructura de poder. Pensadores anteriores –Heródoto y Platón, en particular– sostenían que había tres formas de gobierno básicas, definidas geoméricamente: el gobierno de uno, monarquía; el gobierno de unos pocos, aristocracia; y el gobierno de muchos, la democracia (cada una de las cuales se corresponde

⁶ Respecto a la perspectiva de un traspaso de la hegemonía de Estados Unidos a China, véase Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, Londres y Nueva York, 2007; ed. cast.: *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, 2007.

⁷ Jake Sullivan puede representar al coro: «Estados Unidos es el único país con suficiente alcance y resolución, y también algo más: una voluntad histórica de renunciar a los beneficios a corto plazo para obtener una influencia a largo plazo», véase J. Sullivan, «The World After Trump: How the System Can Endure», *Foreign Affairs*, vol. 97, núm. 2, 2018, p. 19.

también con una forma negativa: la tiranía, la oligarquía y la oclocracia). Estos pensadores analizaban las virtudes relativas de cada constitución, e interpretaban la historia política como el tránsito de una a otra. La novedad de Roma, de acuerdo con Polibio, era su constitución mixta: no se trataba de una alternancia entre las formas de gobierno, sino de una composición de las tres⁸.

Hace veinte años, denominamos «imperio» al actual orden emergente para indicar esta constitución mixta de gobernanza global. Este imperio no es un Estado mundial y tampoco crea una estructura de dominio unificada y centralizada⁹. Aunque los esquemas convencionales usados previamente para comprender las divisiones globales –Primer y Tercer Mundo, centro y periferia, Oriente y Occidente, Norte y Sur– han perdido buena parte de su capacidad explicativa, la globalización actual no es un simple proceso de homogeneización; implica, en igual medida, procesos de homogeneización y heterogeneización. En lugar de crear un espacio fluido, el surgimiento del imperio supone la proliferación de fronteras y jerarquías en todas las escalas geográficas, desde el espacio de una metrópoli dada al de los grandes continentes.

En este artículo solo podemos esbozar los giros más drásticos experimentados por la constitución imperial durante los pasados veinte años. En el plano monárquico, el cambio más llamativo ha sido un vaciamiento del centro. En la década de 1990, aunque su estrella se había eclipsado, Estados Unidos seguía ocupando posiciones centrales en ámbitos de poder claves. La bomba atómica, el dólar y la red –Washington, Wall Street y Hollywood/Silicon Valley– lograban blandir la fuerza monárquica y, en consecuencia, mantener en estos ámbitos una especie de «gobierno de uno». La superioridad estadounidense en los ámbitos

⁸ Polybius, *The Rise of the Roman Empire*, Londres, 1979, pp. 302-352.

⁹ Algunos teóricos sostuvieron en diferentes momentos del pasado siglo que para garantizar la continuación de la existencia del capital y su sistema global es necesario una especie de Estado global. Karl Polanyi, por ejemplo, escribiendo durante la Segunda Guerra Mundial, creía que la «única alternativa a esta desastrosa situación [resultante de las sanciones y la exclusión impuestas a los países derrotados tras la Primera Guerra Mundial] era el establecimiento de un orden internacional dotado de un poder organizado que trascendiese a la soberanía nacional. Dicho curso, sin embargo, estaba completamente fuera del horizonte de aquel momento», *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* [1944], Boston, 2001, p. 23; ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, 2016. Polanyi y otros autores que defendieron este argumento tenían razón en que hace falta cierta estructura de gobernanza global, pero no reconocían que el sistema capitalista puede ser sostenido por formas distintas del Estado, como el imperio.

del poder duro y blando continúa hoy, pero sobre bases cada vez más tambaleantes y con límites más estrictos. En primer lugar, el formidable arsenal militar estadounidense –municiones nucleares, drones, sistemas de vigilancia y aparatos tecnológicos complejos, junto con sus bases militares y ejércitos permanentes– sigue siendo significativamente superior al de otros países (y más caro). Pero la derrota de las fuerzas estadounidenses en Vietnam y sus fracasos en Afganistán e Iraq han dejado claro que, a pesar de su capacidad de destrucción siempre creciente, las capacidades monárquicas de la maquinaria militar estadounidense son hoy más tenues.

En segundo lugar, la monarquía del dólar, la hegemonía financiera y monetaria de Estados Unidos, que hace veinte años parecía sólida, se ha debilitado progresivamente. Como en el caso del poder militar, también en este ámbito el trono estaba ya en un equilibrio inestable al menos desde 1971, cuando el dólar se desvinculó del patrón oro. De acuerdo con Timothy Geithner, desde la década de 1990, el sistema financiero y monetario de Estados Unidos está «desafiando la ley de la gravedad»¹⁰. Que los cimientos del poder monetario y financiero de Estados Unidos se tambalean lo confirmó la crisis financiera de 2008, que de nuevo puso en cuestión la capacidad de Estados Unidos para desempeñar la función monárquica¹¹. Por último, la posición monárquica de Estados Unidos ha disminuido en el ámbito de la industria cultural y en el de la tecnología digital. Las corporaciones estadounidenses siguen predominando en los mercados mundiales, pero ello sirve cada vez menos a Estados Unidos para esgrimir un poder blando útil para su hegemonía mundial. Aunque con sede social en Estados Unidos, estas corporaciones operan cada vez más a escala planetaria y solo contribuyen de manera ambigua a la imagen global del país. En los tres ámbitos, por lo tanto, Estados Unidos sigue dominando con respecto a otros Estados-nación y los pilares de su poder monárquico se sostienen aún, pero muestran cada vez más

¹⁰ Timothy Geithner, *Stress Test: Reflections on Financial Crises*, Nueva York, 2014, p. 105.

¹¹ «En el espacio de cinco años [de 2003 a 2008], las elites de la política exterior y la política económica de Estados Unidos, el país más poderoso de la Tierra, habían sufrido un humillante fracaso», Adam Tooze, *Crashed*, Nueva York, 2018, p. 3. Tooze sostiene, no obstante, que es demasiado pronto para hablar de fallecimiento del orden mundial estadounidense, porque sus dos pilares principales, el poder militar y el control financiero, se sostienen. Lo que ha acabado es «cualquier aspiración por parte de la democracia estadounidense a proporcionar un modelo político», véase A. Tooze, «Is This the End of the American Century?», *London Review of Books*, 4 de abril de 2019, p. 7.

grietas. Esto no quiere decir que algún pretendiente al trono pudiera reivindicar su lugar; a la inversa, está creciendo un vacío relativo en el plano monárquico.

El plano aristocrático del imperio, por el contrario, está contemplando desafíos tumultuosos presentados por potencias ascendentes y descendentes. El «gobierno de unos pocos» sobre el sistema global se ejerce en tres ámbitos principales por las grandes corporaciones, los Estados-nación dominantes y las instituciones supranacionales. Una intensa competencia caracteriza las relaciones entre los actores situados dentro de cada uno de estos ámbitos y entre ellos: corporaciones frente a Estados-nación, por ejemplo, o Estados-nación frente a instituciones supranacionales. Las posiciones relativas dentro de las jerarquías globales de cada ámbito han cambiado a lo largo de los últimos veinte años. Mientras que la fortuna de China ha subido, la de los demás BRIC que parecían destinados a seguirla ha decaído, al menos por el momento. En la cumbre de las valoraciones bursátiles, General Motors y General Electric han sido suplantadas por Apple y Alibaba. Estas tendencias competitivas son extremadamente importantes y merecen un análisis detallado, pero nuestro interés principal aquí es reconocer que, a pesar de la cacofonía derivada de sus conflictos, las diversas fuerzas aristocráticas tocan realmente al mismo son. O, cambiando de metáfora, estas fuerzas aristocráticas son como caballeros que, a pesar de las batallas campales libradas entre ellos, viven para servir a un código caballeresco compartido y al orden social al que este pertenece.

Realmente importante en el plano aristocrático del imperio es en qué medida permanecen sin cambios sus contornos generales, a pesar de las apariencias. Desde esta perspectiva, el tan anunciado retorno del Estado-nación –junto con la retórica nacionalista, las amenazas de guerras comerciales y las políticas proteccionistas– no debería entenderse como una fracturación del sistema global sino, por el contrario, como sendas maniobras tácticas en la competencia entre poderes aristocráticos. *America first!*, *Prima l'Italia!* y *Brexit!* son los gritos quejumbrosos de quienes temen ser desplazados de sus posiciones de privilegio en el sistema global. Como los campesinos conservadores franceses, de quienes Marx decía que estaban movilizados por recuerdos de la perdida gloria napoleónica (y que ansiaban devolverle la grandeza a Francia), los nacionalistas reaccionarios de hoy no aspiran tanto a separarse del orden global como a devolver los puestos del pódium de la jerarquía mundial

a aquellos a los que les corresponde. De modo similar, los conflictos entre los Estados-nación dominantes y la infraestructura supranacional –piénsese en las exclamaciones de Trump contra el «globalismo» en el discurso pronunciado en 2018 ante la Asamblea General de Naciones Unidas– suponen un ardid para alcanzar una posición más dominante dentro del sistema global, no un ataque contra este. Las elites que lideran los Estados-nación dominantes y las instituciones supranacionales se guían todas por los dictados de una ideología neoliberal irrevocablemente dedicada a construir y mantener el orden global capitalista¹².

Por último, el tercer ámbito, y también el más amplio, de la constitución mixta, «el gobierno de muchos», necesariamente el más caótico y menos legible, está compuesto por una enorme gama de fuerzas. Incluye toda la panoplia de Estados-nación y firmas capitalistas subordinados, junto con las infraestructuras que los acompañan; los medios de radiodifusión y las redes sociales; las organizaciones no gubernamentales que apoyan los proyectos de Estados y corporaciones, a menudo reparando el daño causado por ellos; asociaciones religiosas que son en sí una fuerza política; incluso las milicias que combaten a Estados o que afirman haber establecido Estados propios. Este plano de la constitución mixta solo puede llamarse «democrático» en el sentido más degradado del término, porque no incluye los movimientos o las fuerzas antisistémicos que podrían plantear una amenaza seria a la continuidad operativa del imperio. Por el contrario, la inmensa gama de fuerzas que situamos aquí, a pesar de ofrecer resistencia y desafiar al poder monárquico y al aristocrático, sirve en último término para apoyar a la constitución imperial en su conjunto. Foucault fue un maestro en reconocer que figuras en apariencia resistentes u opositoras podían en último término servir para fortalecer el poder dominante, al igual que la figura del delincuente fortalece el régimen disciplinario¹³. Con esto no queremos decir, por supuesto, que todos los esfuerzos de resistencia sean vanos y que acaben siendo inevitablemente absorbidos por el imperio, sin dejar esperanza alguna para la alternativa (Foucault tampoco pretendía nada parecido), y pronto trasladaremos nuestra atención a los movimientos que verifican esto.

¹² Quinn Slobodian, centrándose en lo que denomina la Escuela de Ginebra y la función de esta en la formación de la Organización Mundial de Comercio, recalca que la ideología neoliberal y el globalismo están completamente entrelazados: *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*, Cambridge (MA), 2018.

¹³ Véase Michel Foucault, *Discipline and Punish*, Nueva York, 1977; ed. orig.: *Surveiller et punir*, París, 1975; ed. cast.: *Vigilar y castigar*, México DF, 1976.

3. LOS NUEVOS INTERNACIONALISMOS

Centrarse en la globalización desde arriba proporciona, sin embargo, una visión distorsionada, porque es en el fondo una respuesta a las fuerzas de la globalización desde abajo y un intento de contenerlas. El internacionalismo revolucionario ha sido durante toda la modernidad el motor principal de las formas y los procesos de la globalización capitalista. Toda revolución moderna –desde Puerto Príncipe hasta Shanghái, París o La Habana– fue en un sentido profundo internacionalista, como lo son las corrientes más inspiradoras de la política proletaria, los movimientos anticoloniales y feministas y todas las formas de lucha de liberación. Leer desde abajo las cosas de acuerdo con este punto de vista permitió a autores como Giovanni Arrighi y Fredric Jameson reconocer que la evolución de la globalización neoliberal acaecida desde la década de 1970 fue en realidad una respuesta a la confluencia o a la acumulación de las rebeliones obreras, las luchas de liberación y los movimientos revolucionarios producidos a escala mundial durante la década de 1960¹⁴. Reconocer las estructuras de poder como una respuesta no solo tiene una función analítica, sino también política. Las fuerzas más poderosas para protestar y superar el dominio del imperio deberán adoptar necesariamente la forma de nuevos internacionalismos. Es por ello aún más importante que nos esforcemos por determinar y cultivar los nuevos internacionalismos que están emergiendo hoy.

Un medio para reconocer el internacionalismo en acción es efectuar un seguimiento de la evolución de los ciclos de lucha internacionales: aunque cada lucha pueda centrarse intensamente en las condiciones locales y nacionales, a medida que la llama se traslada de un lugar a otro, el movimiento adquiere importancia mundial. Las insurrecciones nacidas en Túnez y Egipto en 2010-2011 iniciaron ese ciclo, a medida que los activistas –primero en otros países del norte de África y Oriente Próximo, a continuación en España, Grecia y Estados Unidos, después en Turquía, Brasil y Hong Kong– erigían campamentos en plazas urbanas y traducían las exigencias de democracia a su propio idioma político. De modo similar, NiUnaMenos, la lucha feminista contra la violencia sexual y el patriarcado que surgió en Argentina, haciéndose eco de las

¹⁴ «También podemos ver la globalización –escribe Jameson– o esta tercera etapa del capitalismo, como el reverso del inmenso movimiento de descolonización y liberación que tuvo lugar en todo el mundo en la década de 1960», «La estética de la singularidad», *NLR* 92, mayo-junio de 2015, p. 138.

luchas polacas por los derechos reproductivos de las mujeres, se trasladó de maneras innovadoras a toda América y, en el otro lado del Atlántico, a Italia y España. Se está formando una nueva internacional feminista, basada en nuevas formas de huelga política¹⁵.

A una escala mucho mayor, pero aún menos descifrable, la migración constituye una gran fuerza de internacionalismo y una insurrección en curso contra los regímenes fronterizos de los Estados-nación y contra las jerarquías espaciales del sistema global. Los espectaculares peregrinajes hacia Europa y a través de ella en el verano de 2015, a pie, en tren, por todos los medios de transporte posibles, y ahora trasladados al peligroso cruce del Mediterráneo, han supuesto una amenaza para los regímenes fronterizos europeos. De modo similar, las extraordinarias caravanas de niños y familias centroamericanas que atravesaron México en el otoño de 2018 hacia la frontera estadounidense sirvieron para hacer pública la constante crisis del régimen fronterizo estadounidense¹⁶. Pero estos acontecimientos altamente mediatizados no son más que los picos sobresalientes de una variada gama de migraciones mundiales, no solo de Sur a Norte, sino en todas direcciones: de Nigeria a Sudáfrica, de Bolivia a Argentina, de Myanmar a Bangladesh y de la China rural a la urbana. Es un tipo inusual de insurrección internacionalista, por supuesto; observado desde muy cerca, resulta difícil incluso reconocerla como política. Tal vez los migrantes no puedan, en su inmensa mayoría, articular la naturaleza política de su huida y, mucho menos, interpretar sus acciones como parte de una lucha internacionalista; de hecho, sus viajes son altamente individualizados. Estructuras explícitamente organizativas como las caravanas son raras incluso dentro de una corriente de migración, y no digamos entre los distintos movimientos mundiales. No hay comité central, ni plataforma, ni declaración de principios. Y, sin embargo, las líneas de huida de los migrantes constituyen una fuerza internacionalista.

¹⁵ Analizamos el ciclo de lucha de 2011 en *Declaration*, Nueva York, 2012. Respecto al renacimiento parcial del tricontinentalismo, véase Anne Garland Mahler, *From the Tricontinental to the Global South*, Durham (NC), 2018, p. 240. Respecto a la iniciación por parte de NiUnaMenos de un nuevo internacionalismo feminista, véase Verónica Gago, «La internacional feminista», *Página12*, 15 de febrero de 2019.

¹⁶ Véase Martina Tazzioli, Glenda Garelli y Nicholas De Genova (eds.), «Rethinking Migration and Autonomy from Within the “Crises”», *South Atlantic Quarterly*, vol. 117, núm. 2, abril de 2018, pp. 239-265. Respecto a las caravanas que atraviesan México como forma de rebelión contra los regímenes fronterizos, véase Amarela Varela, «No es una caravana de migrantes, sino un nuevo movimiento social que camina por una vida vivible», *El Diario*, 4 de noviembre de 2018.

Ya sea guiados por motivos oficialmente sancionados, como huir de la guerra o la persecución, o por razones deslegitimadas por las autoridades, como una simple búsqueda de aventura, los migrantes afirman la libertad de la movilidad, que puede servir de base para todas las demás libertades¹⁷. Hay que alejarse para distinguir el diseño del mosaico, para apreciar el significado político de las migraciones mundiales como una insurgencia continuada. Es absolutamente obvio que las autoridades dirigentes reconocen la amenaza: el poder de la insurgencia lo confirman las crueles y costosas estrategias de contrainsurgencia lanzadas contra los migrantes, desde los campos de concentración sostenidos por la UE en Libia a las bárbaras políticas aplicadas en la frontera estadounidense. La insurgencia de los migrantes amenaza, simplemente por atravesarlos, con agrietar y derrumbar los muros que segmentan el sistema global.

4. EL CAPITAL GLOBAL Y LO COMÚN

El análisis de la constitución mixta de la gobernanza global debe complementarse con la investigación de la otra esfera, la de la producción y la reproducción, porque, incluso carentes de sincronía, cada esfera requiere el apoyo de la otra. Al igual que el capital nacional necesitaba que el Estado-nación garantizase sus intereses colectivos y a largo plazo, también el capital global necesita hoy una compleja estructura de gobernanza global. La esfera de las relaciones capitalistas, como la de la gobernanza, se compone de un heterogéneo, conflictivo e inestable conjunto de elementos que actúan en distintas escalas: las empresas capitalistas en competencia entre sí; los capitales nacionales, también a menudo en conflicto; diversas formas de trabajo asalariado, no asalariado y precario, así como de elementos no capitalistas, que siempre han formado parte de las sociedades capitalistas. Como ocurre con la otra esfera, registrar la heterogeneidad de los elementos no debería impedirnos reconocer el diseño general¹⁸.

¹⁷ Véase Sandro Mezzadra, «The Right to Escape», *Ephemera*, vol. 4, núm. 3, agosto de 2004, pp. 267-275.

¹⁸ Jamie Peck y Nik Theodore resaltan las heterogeneidades existentes dentro del sistema capitalista global, señalando «el carácter necesariamente variado de los programas y proyectos de neoliberalización, el desarrollo espacial desigual del que esta es constitutiva y no una estación de tránsito en la senda hacia la completitud», «Still Neoliberalism?», *South Atlantic Quarterly*, vol. 118, núm. 2, abril de 2019, p. 246. Véase también J. Peck y N. Theodore, «Variegated Capitalism», *Progress in Human Geography*, vol. 31, núm. 6, diciembre de 2007, pp. 731-772.

Esbozamos aquí brevemente algunas de las direcciones clave en la evolución del capitalismo siguiendo diversas críticas militantes e intelectuales que han emergido en los pasados veinte años. (De hecho, el cuestionamiento cada vez más extendido del dominio capitalista ha ido acompañado de un florecimiento de los análisis marxistas y anticapitalistas). Además de revelar las formas nuevas y, en muchos casos, más graves de dominación y explotación capitalistas, una de las principales obligaciones de la crítica de la economía política supone buscar semillas de resistencia y libertad dentro de los circuitos de producción y reproducción capitalistas. Para lograrlo, observamos primero de qué modo los movimientos contra la sociedad capitalista y su régimen disciplinario han ejercido de motores que impulsan el desarrollo capitalista. Es un relato de cooptación y captura, pero también, y esto es más importante, un indicativo de la potencia de la revuelta: donde hay poder para impeler al capital hacia delante hay también potencial para derrocarlo. Examinamos después los modos en los que el capital, al perseguir su propio desarrollo, crea armas que en último término podrán ser blandidas contra él¹⁹.

Lo que más nos asombra en los análisis sobre las recientes evoluciones del capitalismo es la función principal desempeñada por las diversas formas de *lo común*, del recurso natural al producto cultural, de los datos biométricos a la cooperación social. Lo común es cada vez más fundamental para la producción y la reproducción sociales capitalistas –el valor que el capital acumula reside, cada vez más, en lo común– y, sin embargo, designa también un potencial de autonomía social respecto al capital, un potencial de revuelta. Permítasenos describir brevemente tres ámbitos clave que emergen dentro de los análisis activos del capital y en los que lo común desempeña esta función central y paradójica: el extractivo, el biopolítico y el ecosistémico.

¹⁹ A menudo se cita a Luc Boltanski y Éve Chiapello en referencia a la recuperación de las revueltas de la década de 1960 dentro del régimen capitalista: *The New Spirit of Capitalism*, Londres y Nueva York, 2006 [ed. orig.: *Le nouvel esprit du capitalisme*, París, 1999; ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, 2004]. Nosotros nos basamos más en la proposición planteada por Mario Tronti de que las revueltas de la clase obrera preceden y prefiguran al desarrollo del capital, véase *Workers and Capital*, Londres y Nueva York, 2019 [ed. orig.: *Operai e capitale*, Turín, 1966; ed. cast.: *Obreros y capital*, Madrid, 2001]. Marx resaltó repetidamente que las armas más poderosas para la rebelión las proporciona el propio desarrollo capitalista. La revolución no se producirá mediante un retorno a formas sociales pasadas, escribió, sino «sobre la base de los logros de la era capitalista: de la cooperación y de la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo», *Capital*, vol. I, Londres, 1976, p. 929; *El capital*, Libro I, Tomo III, Madrid, 2000, p. 258.

Una variada gama de análisis recientes sobre la producción y la reproducción capitalistas se agrupa en torno al concepto de *extracción*, entendida en el sentido más amplio. Dichos análisis no solo resaltan la expansión de las prácticas extractivas tradicionales –gas, petróleo, minerales, agricultura de monocultivo– en las que en cierto sentido el valor se obtiene directamente de la tierra, sino también la difusión de los modos de acumulación logrados mediante la privatización de la riqueza y de las infraestructuras públicas (sistemas de transporte y comunicaciones, patrimonio cultural), así como nuevas formas de extracción en las que los valores humanos y sociales –como el conocimiento, los datos, los cuidados, los circuitos de cooperación social– son apropiados y acumulados. «Podemos decir que la extracción no solo está en juego cuando las operaciones del capital saquean la materialidad de la tierra y de la biosfera –escriben Sandro Mezzadra y Brett Neilson–, sino también cuando encuentran y aprovechan formas y prácticas de cooperación y socialidad humanas que son ajenas a ellas»²⁰.

La metáfora de la extracción de datos proporciona una lente útil para entender cómo han migrado las operaciones extractivas tradicionales a los ámbitos sociales. La acumulación por medio de plataformas de las redes sociales, por ejemplo, puede implicar no solo la recolección y el procesamiento de datos proporcionados por los usuarios, sino también la creación de medios algorítmicos para capitalizar la inteligencia, el conocimiento y las relaciones sociales que dichos datos proporcionan²¹. Plataformas como Uber y Airbnb han transformado igualmente prácticas «colaborativas» de ofrecer un bien a otros para su uso común en un medio para extraer valor. También las finanzas funcionan mediante su propio modo de extracción. Los instrumentos financieros son en parte, por supuesto, herramientas de especulación y crean valores meramente «ficticios», pero principalmente las relaciones financieras y de endeudamiento son medios para extraer valores producidos socialmente, al margen de la gestión directa del capital financiero. Como otros autores, identificamos esta evolución acaecida en el seno de los esquemas de

²⁰ El de Sandro Mezzadra y Brett Neilson, *The Politics of Operations: Excavating Contemporary Capitalism*, Durham (NC), 2019, es el análisis más completo que conocemos sobre la noción ampliada de extracción, en especial en relación con la logística y las finanzas. Véanse en concreto las pp. 133-167; la cita es de la p. 138.

²¹ Véase, por ejemplo, Matteo Pasquinelli, «Google's PageRank Algorithm: A Diagram of Cognitive Capitalism and the Rentier of the Common Intellect», en Konrad Becker y Felix Stalder (eds.), *Deep Search: The Politics of Search Beyond Google*, Nueva Jersey, 2009, pp. 152-162.

acumulación capitalista como el tránsito del beneficio a la renta: mientras que el capital industrial crea beneficio en gran medida gestionando el proceso de producción y dictando formas de cooperación, el sistema financiero no extrae rentas de la riqueza producida bajo su gestión, sino mediante formas de cooperación productiva externas a él²².

Estos análisis de la extracción recuerdan en gran medida a lo que acertadamente David Harvey denomina acumulación por desposesión. Dichos procesos funcionan principalmente gracias a los nuevos cercamientos de lo común y a la extracción de riqueza, que puede residir en la tierra o en las infraestructuras públicas²³. Por último, aun condenando la explotación y la destrucción social y ecológica que causan, resaltamos que todas las formas de extracción se basan en valores producidos externamente a su esfera de gestión directa. El extractivismo se alimenta de las diferentes formas de lo común: ecológica, social y biopolítica²⁴. Este proceso de depredación señala un potencial que reside dentro de lo común, al que volveremos²⁵.

Otro conjunto de análisis resalta la función de lo común en las relaciones biopolíticas, cubriendo las formas de producción cognitivas y la generación de afectos y cuidados, que abarca el ámbito productivo y el reproductivo. Los estudios sobre el capitalismo cognitivo analizan

²² Véanse, entre otros, Carlo Vercellone, «Wages, Rent and Profit», disponible online en generationonline.org; y Michael Hardt y Antonio Negri, *Commonwealth*, Cambridge (MA), 2009; ed. cast.: *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, 2011.

²³ Véase el capítulo 4 de David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, 2003, pp. 137-182 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, 2004].

²⁴ Silvia Federici, al poner de relieve las formas en las que se halla en juego lo común en los procesos de acumulación primitiva, hace la importante observación de que la violencia de la acumulación primitiva ha incluido siempre la violencia contra las mujeres. «Del mismo modo que los cercamientos expropiaron las tierras comunales al campesinado, la caza de brujas expropió los cuerpos de las mujeres, los cuales fueron así “liberados” de cualquier obstáculo que les impidiera funcionar como máquinas para producir mano de obra. La amenaza de la hoguera erigió barreras formidables alrededor de los cuerpos de las mujeres, mayores que las levantadas cuando las tierras comunes fueron cercadas», *Caliban and the Witch*, Nueva York, 2004, p. 184 [ed. cast.: *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid y Buenos Aires, Traficantes de Sueños y Tinta Limón, 2010, p. 249].

²⁵ Estas relaciones extractivistas diversas podrían concebirse en términos de subsunción formal de la sociedad bajo el capital, para entender en qué medida la sociedad constituye un «afuera» con respecto al capital: las relaciones sociales y la cooperación social que generan valor se sitúan bajo el control de la gestión capitalista, pero son no obstante externas a ella y, por lo tanto, solo se subsumen formalmente.

en general la función del conocimiento, la inteligencia y la ciencia en la producción contemporánea, resaltando en qué medida el «*general intellect*» –es decir, los conocimientos acumulados en la sociedad que han devenido en cierto sentido común– se ha vuelto directamente productivo de valor²⁶. Otros autores se centran en el trabajo digital y en la producción de valor mediante redes y plataformas digitales, que en ciertos casos dependen del valor generado por la atención de los usuarios²⁷. Junto con la inteligencia y la atención, la sociedad capitalista ha puesto crecientemente a trabajar los afectos, muy a menudo de acuerdo con las jerarquías de género establecidas. Los empleos que implican una gran porción de producción de afecto –enfermería, cuidados a domicilio, soporte administrativo, trabajo doméstico asalariado, enseñanza primaria, servicio de comidas– están mal pagados, son altamente precarios y, en consecuencia, los ejercen predominantemente mujeres. La producción de afectos es también fundamental en el ámbito no remunerado de la reproducción social, incluido el trabajo doméstico, que sigue definido por una división del trabajo por género²⁸.

En estos análisis reconocemos formas nuevas e intensificadas de explotación y dominación, junto con nuevas formas de control biopolítico, así como la colonización y mercantilización de nuevos ámbitos de la existencia humana. Hoy, como muestran diversos estudios, las fuerzas productivas biopolíticas están encerradas en relaciones de propiedad privada, trabajando por un salario, o subordinadas y descontadas mientras el valor que producen sigue siendo expropiado y acumulado. Pero también aquí reconocemos la naturaleza social de lo común, puesto que la inteligencia, el conocimiento, la atención, el afecto y los cuidados son capacidades inmediatamente sociales, definidas por las acciones colectivas y la interdependencia. Los grandes reservorios biopolíticos de lo común están contruidos en estos recursos de comportamiento compartido, inteligencia colectiva, relaciones de afecto y cuidados desmercantilizados y, en último término, en los circuitos de la cooperación social, todos los cuales tienen el potencial de hacerse autónomos frente al control capitalista.

²⁶ Véase Carlo Vercellone, «From Formal Subsumption to General Intellect: Elements for a Marxist Reading of the Thesis of Cognitive Capitalism», *Historical Materialism*, vol. 15, núm. 1, enero de 2007, pp. 13-36.

²⁷ Véase Christian Fuchs, «Dallas Smythe Today—The Audience Commodity, the Digital Labour Debate, Marxist Political Economy and Critical Theory», *TripleC*, vol. 10, núm. 2, mayo de 2012, pp. 692-740.

²⁸ Respecto a las divisiones de género dentro del trabajo asalariado y la reproducción social, véase Kathi Weeks, *The Problem with Work*, Durham (NC), 2011.

El tercer ámbito de análisis aborda lo común de manera aún más directa, investigando los múltiples modos en los que el desarrollo del capital destruye la tierra y sus ecosistemas. Los análisis del cambio climático, en particular, demuestran lo íntimamente que la historia del desarrollo capitalista va ligada a la extracción de combustibles fósiles. Muchos autores señalan que decir que las acciones humanas causan el cambio climático o que hemos entrado en la era del Antropoceno, como si la especie en su conjunto fuera igualmente responsable de las decisiones que han provocado nuestras actuales dificultades, enmascara el hecho de que una clase relativamente pequeña de capitalistas residentes en los países dominantes es la verdaderamente responsable. Como estos estudios dejan claro, una precondition necesaria para que cualquier proyecto preserve la salud del planeta a largo plazo es la de cuestionar y superar la primacía del dominio capitalista²⁹. Es inmediatamente reconocible que lo común está en juego en este ámbito, ya que los espacios de vida vitales que en otro tiempo fueron compartidos –la tierra, los mares, la atmósfera– están cercados o degradados. Los pobres sufrirán más y antes los efectos del cambio climático, pero al final todos sucumbiremos. Lo común no es solo un elemento central de lo que hemos perdido sino también de las alternativas que podríamos construir. Las protestas de indígenas contra la destrucción capitalista plantean más claramente la necesidad de que los seres humanos establezcamos una nueva relación con la tierra caracterizada por relaciones de interdependencia y cuidado, de que convirtamos la tierra en algo común³⁰.

Lo que destaca en todos estos análisis del capital contemporáneo es el poder de lo común en todas sus formas, desde la tierra y el agua hasta los circuitos metropolitanos de cooperación social, desde los conocimientos y la inteligencia compartidos a las relaciones afectivas y la reproducción social. El capital se ha convertido cada vez más en un aparato de captura que se

²⁹ Véanse Andreas Malm, *Fossil Capital*, Londres y Nueva York, 2016; Jason Moore, *Capitalism in the Web of Life*, Londres y Nueva York, 2015; ed. cast.: *El capitalismo en la trama de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020; Naomi Klein, *This Changes Everything*, Londres, 2014 [ed. cast.: *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Barcelona, 2015]; John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, *The Ecological Rift*, Nueva York, 2010.

³⁰ Los «protectores del agua» en las protestas de los sioux de la reserva Standing Rock contra el oleoducto de acceso a Dakota expresaban la necesidad de establecer relaciones de interdependencia de ese tipo. Véanse Arthur Manuel y Grand Chief Ronald Derrickson, *The Reconciliation Manifesto: Recovering the Land, Rebuilding the Economy*, Toronto, 2017; y Teresa Shewry (ed.), «Environmental Activism Across the Pacific», *South Atlantic Quarterly*, vol. 116, núm. 1, enero de 2017.

alimenta de lo común, extrayendo los valores allí producidos y creando múltiples formas de sufrimiento y destrucción en el proceso. Pero todos estos ámbitos de lo común, en especial cuando se movilizan y reúnen en relaciones de interdependencia, tienen un potencial de autonomía: el potencial de crear relaciones sociales situadas fuera del dominio capitalista.

5. CLASE-MULTITUD-CLASE PRIMA

La multiplicidad se está convirtiendo en el horizonte exclusivo de nuestra imaginación política. Los movimientos más inspiradores de las décadas pasadas, de Cochabamba a Standing Rock, de Ferguson a Ciudad del Cabo, de El Cairo a Madrid, han estado animados por multitudes. Estos levantamientos a menudo se caracterizan como movimientos sin líderes, en especial por parte de los medios de comunicación: y de hecho rechazan las formas tradicionales de liderazgo centralizado, intentando crear nuevas formas de expresión democráticas. Pero en lugar de describirlos como carentes de líderes es más útil entenderlos como luchas multitudinarias, lo cual resulta parcialmente útil, porque nos permite captar tanto sus virtudes, como las dificultades que afrontan. Estos movimientos han alcanzado resultados importantes; a menudo han aludido a un mundo alternativo y mejor, pero en general han sido de duración breve, muchos han sido derrotados, y algunos de ellos han sido brutalmente reprimidos. Hace falta algo más; y, como afirman los militantes de diversas tendencias, se necesita con urgencia un pensamiento creativo y original sobre la organización política. No nos interesa sermonear a estos movimientos acerca de la necesidad de abandonar su multiplicidad y de construir un sujeto político unificado, ya sea un consejo de dirección centralizado, un partido electoral o «un pueblo». No es probable que la vuelta a formas de organización tradicionales produzca movimientos más duraderos o eficaces; en todo caso, han sido explícitamente repudiadas por las sensibilidades democráticas de los propios activistas. Asimismo, no creemos, por ponerlo en términos abstractos, que solo «uno» pueda decidir. La cuestión más importante para nosotros es: ¿cómo puede una multiplicidad actuar políticamente con el poder sostenido de provocar una verdadera transformación social?

Tal vez sea útil aquí retroceder veinte años y observar nuestra situación contemporánea desde esa perspectiva. Para explorar el potencial de los movimientos actuales, localizamos dos tránsitos histórico-teóricos: de la clase a la multitud y de la multitud a la clase. Esta puede parecer en

un principio una acción pendular, un simple viaje de ida y vuelta, pero pretendemos que marque un avance teórico y político, puesto que la «clase» de partida no es la misma que la de llegada: el tránsito por la multitud transforma su significado. La fórmula general de organización que proponemos, por lo tanto, es $c-m-c'$, clase–multitud–clase prima³¹. Como en la fórmula de Marx, la importancia descansa en la transformación experimentada en el centro del proceso. La clase prima debe ser una clase multitudinaria, una clase interseccional.

De la clase a la multitud

El movimiento de la clase a la multitud pone nombre en parte al reconocimiento general, alcanzado en las pasadas décadas, de que la clase obrera debe entenderse en términos de multiplicidad, tanto dentro como fuera de su ámbito; un giro que se corresponde con el vaciamiento de las afirmaciones por parte de partidos e instituciones sindicalistas tradicionales de representar a la clase trabajadora. Como formación empírica, por supuesto, la clase obrera nunca ha dejado de existir. Pero dado que su composición interna ha cambiado –con nuevas formas de trabajo, condiciones de empleo y relaciones salariales– hacen falta nuevas investigaciones sobre la composición de clase. En concreto, dichas investigaciones deberían explorar las capacidades de cooperación social y lo común. Asimismo, las diferencias entre poblaciones trabajadoras, que siempre han existido, rechazan ahora crecientemente la representación unitaria. Las diferencias existentes entre sectores laborales –por ejemplo, entre el trabajo remunerado y el no remunerado, entre el empleo estable y el precario, entre los trabajadores documentados e indocumentados– junto con las diferencias vigentes por razones de género, raza y nacionalidad, que en cierta medida se proyectan sobre estas diferencias de estatus laboral, exigen todas ellas expresión. Cualquier investigación sobre la composición de la clase –y cualquier propuesta sobre proyectos políticos de clase– debe integrarse en esos momentos en el análisis interseccional. Esto no es una clase, podríamos decir, si por clase entendemos un sujeto internamente unificado o que puede representarse como un todo unificado; es una multitud, una multiplicidad irreducible.

³¹ Nos inspiramos aquí en el análisis de Joshua Clover sobre la progresión histórica de revuelta-huelga-revuelta prima en *Riot, Strike, Riot*, Londres y Nueva York, 2016, y quisiéramos que este análisis forme parte de un diálogo constante.

Al mismo tiempo, el tránsito de la clase a la multitud significa que las luchas de la clase obrera, y las luchas anticapitalistas en general, deben reunirse y situarse en una base igual a la de las luchas contra otros ejes de dominación: feminista, antirracista, decolonial, *queer*, por los derechos de los discapacitados y otras (a los teóricos de la multiplicidad no les preocupan las listas abiertas e interminables). En este sentido, el concepto de multitud está estrechamente aliado –y de hecho profundamente en deuda– con el análisis y la práctica interseccionales, que emerge de la práctica teórica del feminismo negro estadounidense. La interseccionalidad, en el nivel más básico, es una teoría política de la multiplicidad. Su objetivo es contrarrestar los tradicionales marcos de análisis político organizados alrededor de un solo eje para reconocer la naturaleza interconectada de la raza, la clase, el sexo, el género y las jerarquías nacionales. Esto significa, primero, que ninguna estructura de dominación es primaria (o reducible) a otras. Por el contrario, son relativamente autónomas, tienen igual importancia y son mutuamente constitutivas. En segundo lugar, al igual que las estructuras de dominación se caracterizan por la multiplicidad, también lo hacen las subjetividades que se mantienen en relación con ellas. Esto no implica ni un rechazo de la identidad, ni una concepción acumulativa y aditiva de muchas identidades; exige, por el contrario, replantear la subjetividad en la clave de la multiplicidad³². La propuesta referente a las multitudes interseccionales no es un mero llamamiento en pro de una mayor inclusión, sino, por el contrario, como afirma Jennifer Nash, «un proyecto de antisubordinación», es decir, una estrategia combativa y revolucionaria que se desarrolla simultáneamente en múltiples frentes³³.

Tal vez sea útil en este punto considerar el tránsito de la clase a la multitud a través del concepto de precariedad y ello en dos sentidos. El primer sentido de la precariedad, desarrollado principalmente entre los teóricos y los activistas europeos, se concibe principalmente en términos de relaciones salariales y de trabajo³⁴. La precariedad en este sentido marca un contraste con los contratos de empleo estable, que sirvieron de ideal

³² Se ha desarrollado una enorme bibliografía a medida que la interseccionalidad se convertía en un concepto clave de una variedad de campos académicos, así como de debates políticos. Véanse los textos fundacionales de Kimberlé Crenshaw, «Mapping the Margins», *Stanford Law Review*, vol. 43, núm. 6, 1991, y «Demarginalizing the Intersection of Race and Sex», *University of Chicago Legal Forum*, vol. 1989, número 1, artículo 8, p. 140, 1989. Respecto a los debates contemporáneos, véase el agudo libro de Jennifer Nash, *Black Feminism Reimagined: After Intersectionality*, Durham (NC), 2019.

³³ J. Nash, *Black Feminism Reimagined*, cit., p. 24.

³⁴ Véase, por ejemplo, Patrick Cincolani, *Révolutions précaires*, París, 2014.

regulador en la economía fordista de mediados del siglo xx, un ideal regulador que solo existió como realidad para un número limitado de obreros industriales (en general varones) en los países dominantes. Los contratos de trabajo estables y la normativa laboral que protegen los derechos de los trabajadores han sido progresivamente erosionados y los trabajadores y trabajadoras se han visto obligados a aceptar contratos de trabajo informales y temporales. Estas modalidades laborales siempre han estado sesgadas por razones de raza y de género, por supuesto; pero esta tendencia está afectando a todos los sectores de la población activa, si bien de diferentes formas y en diferentes medidas. Esta precarización del trabajo es una potente arma en el gran arsenal del neoliberalismo.

Otro sentido del término precariedad, más desarrollado por los autores y autoras estadounidenses, proporciona un complemento útil y, de nuevo, ayuda a interpretar y cuestionar el neoliberalismo, pero desde una perspectiva mucho más amplia. La precariedad, escribe Judith Butler, «designa aquella condición políticamente inducida en la que ciertas poblaciones sufren más que otras debido a la decadencia de las redes de apoyo sociales y económicas, y devienen diferencialmente expuestas a las lesiones, la violencia y la muerte»³⁵. La precariedad laboral forma ciertamente parte de la mezcla, pero la noción de vida precaria aspira a entender en qué medida los cambios jurídicos, económicos y gubernamentales han aumentado la inseguridad de una amplia gama de poblaciones ya subordinadas: mujeres, transexuales, gays y lesbianas, personas de color, migrantes, discapacitados y otros grupos. Hay, por consiguiente, una noción de precariedad que habla el lenguaje de la clase trabajadora y otra que promueve una visión interseccional. Unámonas y tendremos una buena base para teorizar sobre la multitud.

No planteamos este movimiento de la clase a la multitud (o del pueblo a la multitud) como un mandato político. No hace falta, porque ya es un hecho que se ha manifestado en los pasados veinte años en diferentes países y contextos sociales. Comprendemos que muchos consideran el giro histórico de la clase a la multitud como una decadencia y una pérdida, comenzando por la disminución del poder y la base de afiliados de los sindicatos y los partidos obreros institucionales (y, de hecho, no toda la multiplicidad es políticamente progresista; las multitudes y las turbas tienen las mismas probabilidades de ser reaccionarias). Pero deberíamos reconocer también todo lo que se ha ganado en el proceso. En el plano

³⁵ Judith Butler, *Notes Toward a Performative Theory of Assembly*, Cambridge (MA), 2015, p. 33.

del análisis, debería ser obvio que la multiplicidad de estructuras de dominación mutuamente constituyentes ofrece una lente superior para comprender nuestra realidad social y ello exige complementar nuestra breve investigación del dominio capitalista con análisis similares sobre las estructuras institucionales de la raza, el género y las jerarquías sexuales. Pero donde resulta realmente crucial es en el plano de la práctica: no habrá en la actualidad proyecto de política de clase exitoso y sostenido que no sea también feminista, antirracista y *queer*.

Repensar la clase

Pero no basta con teorizar la multiplicidad, ni siquiera con reconocer las multiplicidades existentes, en especial si por multiplicidad se entiende simplemente fractura y separación. Para ser políticamente efectivos hace falta organización. Y si se trata con multiplicidades, esa presión es aún más intensa. Responder a nuestra pregunta inicial –¿cómo puede la multiplicidad decidir y actuar políticamente?– diciendo solo que necesita organizarse sigue sin ser muy útil. El siguiente paso, por lo tanto, exige una vuelta al concepto de clase –pero una clase concebida ahora de modo diferente– para explorar más en profundidad en qué puede convertirse una multitud y cómo puede actuar políticamente. Una objeción obvia a la propuesta de este segundo movimiento, de la multitud a la clase, es que deshace todas las ventajas alcanzadas en el momento previo, que eran las derivadas del paso de una concepción política unificada y basada en un solo eje de dominación, el determinado por el capital, a otra caracterizada por una multiplicidad, que abarca también el patriarcado, la supremacía blanca y otros ejes. Nuestra intención, sin embargo, es la de desarrollar una concepción de la clase que no solo se refiera a la clase trabajadora, sino que sea en sí una multiplicidad, una formación política que haga realidad las ventajas ofrecidas por la multitud.

Puede ser útil, en primer lugar, observar simplemente a autores que usan un concepto de clase más amplio que el de clase trabajadora para abordar la dominación y las luchas raciales y de género. Achille Mbembe, por ejemplo, analiza los modos de control contemporáneos desplegados contra los africanos que migran a Europa en términos de «clase racial»:

Europa no solo ha decidido militarizar sus fronteras, sino también ampliarlas a una distancia lejana [...] [sus fronteras] están ahora situadas a lo largo de las rutas cambiantes y las sendas tortuosas recorridas por los candidatos a la migración, resituándose para controlar las trayectorias de estos [...]. En

realidad, es el cuerpo del africano, el cuerpo de cada africano y africana tomado individualmente, y de todos los africanos como clase racial, lo que constituye hoy las fronteras de Europa. Este nuevo tipo de cuerpo humano no es solo el cuerpo-piel y el cuerpo abyecto del racismo epidérmico, el de la segregación. Es también el cuerpo-frontera, el que rastrea el límite entre los que son «nosotros» y los que no, y a quienes se puede maltratar con impunidad³⁶.

En el nuevo régimen global de movilidad, afirma Mbembe, los africanos y las africanas se convertirán en «una clase racial estigmatizada». Para él, el concepto de clase no es aquí, o no solo, una categoría socioeconómica. Sirve, por el contrario, como medio para pensar en la diferencia racial colectiva, que no se basa meramente en el color de la piel; esta clase racial nace en las estructuras y en las instituciones racistas de Europa.

Las referencias hechas aquí por Mbembe recuerdan a las planteadas en la década de 1970 por feministas como Christine Delphy, que empleaba el concepto de «clase sexual» para entender la dominación patriarcal y designar un fundamento de la lucha feminista. A otras feministas que cuestionaron este uso, Delphy les respondió que el concepto de clase captaba mejor que cualquier otro el modo en el que las relaciones de dominación crean sujetos sociales subordinados. Desde esta perspectiva, escribe Delphy, «no se puede considerar cada grupo por separado, porque están unidos por una relación de dominación [...]. Los grupos no están [...] constituidos *antes* de ponerse en relación. Por el contrario, es su relación lo que los constituye en tales»³⁷. Las relaciones de dominación son aquí, por lo tanto, anteriores a los sujetos sociales y constitutivas de ellos. En el uso dado por Delphy, de nuevo, el término clase no hace referencia en exclusiva a la posición económica, sino que, por el contrario, implica un procedimiento analítico que puede desplegarse con respecto a cualquier eje de dominación.

De estos análisis de Mbembe y Delphy nos interesa, primero, resaltar el argumento de que el concepto de clase puede usarse para captar los

³⁶ Achille Mbembe, «Vu d'Europe, l'Afrique n'est qu'un grand Bantoustan», *Jeune Afrique*, núm. 3024, diciembre de 2018, pp. 62-63.

³⁷ Christine Delphy, *L'ennemi principal*, vol. I, París, 1998, p. 29 (nuestra traducción). Shulamith Firestone analiza de modo similar el sistema de clase sexual, considerándola paralela a la clase económica, pero más profundamente insertada en las relaciones sociales: «De igual modo que para lograr la eliminación de las clases económicas hace falta la rebelión de la clase inferior (el proletariado) y, durante la dictadura temporal, que esta capture los medios de *producción*, también para garantizar la eliminación de las clases sexuales es imprescindible la rebelión de la clase inferior (las mujeres) y que esta capture el control de la *reproducción*»: *The Dialectic of Sex*, Nueva York, 1970, p. 11.

efectos del sometimiento creado por las relaciones de dominación no solo con respecto al capital, sino también con respecto a la supremacía blanca y al patriarcado, en interés no solo de la clase trabajadora sino también de la clase racial, la clase sexual y otras. Es importante resaltar, en segundo lugar, que el concepto de clase no solo se emplea aquí como afirmación descriptiva, sino también como llamamiento político a que los sometidos a jerarquías patriarcales o raciales luchen juntos, como clase³⁸. Por último, y este es el argumento más difícil de confrontar, reconocer una pluralidad de clases dominadas y que luchan en paralelo es un paso adelante pero insuficiente. La noción de «clase multitudinaria» o «clase interseccional» que nosotros pretendemos elaborar exige un paso más: la articulación interna de estas distintas subjetividades –clase trabajadora, clase racial y clase sexual– en lucha. Los análisis interseccionales abordan por lo común la necesidad de articulación entre las subjetividades subordinadas en términos de solidaridad y coalición. A menudo esto repite una estrategia aditiva: la lucha de la clase trabajadora, más la lucha feminista, más la lucha antirracista, más la lucha LGTBI, más... En otras palabras, incluso cuando el análisis interseccional rechaza las nociones aditivas de identidad, los imaginarios activistas pueden seguir rigiéndose por una lógica aditiva. Un fallo de este planteamiento es que los lazos de solidaridad son externos, cuando lo que hace falta son lazos de solidaridad *internos*, es decir, un modo diferente de articulación, que supere las concepciones de coalición habituales.

Permítasenos ilustrar esta condición clave –las relaciones de solidaridad internas en esta clase multitudinaria– con tres ejemplos teóricos. En primer lugar, Rosa Luxemburg: cuando fracasó la insurrección de 1905 en Rusia, Luxemburg criticó al proletariado alemán y a su partido por las expresiones de simpatía y apoyo a los camaradas rusos, ya estuviesen teñidas de condescendencia o de admiración. Luxemburg no defendía, por supuesto, que los obreros alemanes se desentendieran de los problemas rusos, ni que prestasen menos atención a los mismos, sino todo lo contrario. El problema para ella era que dichas expresiones de «solidaridad de clase internacional» planteaban una mera relación *externa*: los revolucionarios alemanes debían reconocer, por el contrario, que los

³⁸ Lisa Disch interpreta que el análisis del género como clase social efectuado por Delphy no es una mera descripción, sino «una interpretación, un saludo o un llamamiento. Delphy solicita a las sometidas por el patriarcado que se identifiquen como “mujeres”, que no se tomen su opresión menos en serio que la de los “trabajadores” y que participen en la lucha contra la opresión en sus propios términos», «Christine Delphy’s Constructivist Materialism», *South Atlantic Quarterly*, vol. 114, núm. 4, octubre de 2015, p. 834.

acontecimientos rusos eran un asunto propio e interno a su lucha, «un capítulo de su propia historia social y política»³⁹.

Otro ejemplo teórico: a comienzos de la década de 1980 Iris Young cuestionó a los hombres socialistas, que profesaban solidaridad con el movimiento feminista. «En general –escribe– los socialistas no consideran la lucha contra la opresión de las mujeres un aspecto central de la lucha contra el capitalismo en sí»⁴⁰. Obsérvese que Young no se refiere a los hombres socialistas misóginos y antifeministas, de los que había muchos, sino por el contrario a los camaradas hombres que ofrecen solidaridad a las feministas, o que ven la lucha feminista como aliada, aunque separada de la suya. Como Luxemburg, Young alega que dicha solidaridad no basta. Exhorta a los hombres socialistas, en efecto, a reconocer la lucha feminista contra el patriarcado como un capítulo de su propia historia social y política. No se puede ser realmente anticapitalista sin ser también feminista, porque, ya que son mutuamente constitutivos, el capital no puede ser derrotado sin derrotar también al patriarcado.

Un tercer ejemplo: Keeanga-Yamahtta Taylor plantea un argumento paralelo dirigiéndose a los activistas antirracistas de Estados Unidos, que no se centran también en la dominación de clase. Con demasiada frecuencia, sostiene, hay una especie de segregación de luchas, de modo tal que se asume que las luchas anticapitalistas son tarea de los blancos, mientras que las personas de color deben librar luchas antirracistas. «Ninguna corriente socialista seria ha exigido jamás en los pasados cien años –escribe Taylor– que trabajadores y trabajadoras negros o latinos dejen en espera sus luchas mientras primero se libra alguna otra lucha de clases. Esta suposición descansa en la idea errónea de que la clase obrera es blanca y masculina y, por lo tanto, incapaz de asumir las cuestiones de raza, clase y género. De hecho, la clase trabajadora estadounidense es femenina, inmigrante, negra, blanca, latina y más. Las cuestiones de inmigración, las cuestiones de género y los antirracismos *son* cuestiones de la clase trabajadora»⁴¹. No se trata de aceptar la participación de alia-

³⁹ Rosa Luxemburg, *The Mass Strike*, Nueva York, 1971, p. 74; ed. cast.: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Madrid, 2015.

⁴⁰ Iris Young, «Beyond the Unhappy Marriage: A Critique of the Dual Systems Theory», en Lydia Sargent (ed.), *Women and Revolution: A Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*, Boston, 1981, pp. 43-69.

⁴¹ Keeanga-Yamahtta Taylor, *From #BlackLivesMatter to Black Liberation*, Chicago, 2016, p. 216; ed. cast: *De #BlackLivesMatter a la liberación negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

dos ni de expresar solidaridad; la lucha contra la supremacía blanca y la lucha contra el capital deben entenderse insertas una en otra.

La objeción a este punto podría ser: sí, todos necesitamos luchar juntos, porque todos somos precarios en los dos sentidos analizados antes; pero dicha proyección de mismidad no es útil, porque los modos de precariedad y dominación son diferentes. Necesitamos mantener la concepción de multiplicidad: la dominación capitalista no es lo mismo que la dominación de género o racial y no se puede subsumir una en otra. En lugar de reducción a la mismidad, este argumento exige una articulación entre las subjetividades en lucha. Por eso el concepto apropiado nos parece la clase –una clase multitudinaria– y no la coalición. Pero esta es una concepción de la clase que postula que esta no solo está compuesta de multiplicidad y basada en las formas de cooperación social y en lo común, sino que también está articulada por lazos *internos* de solidaridad e intersección entre las luchas, cada una de las cuales reconoce que las demás son «un capítulo de su propia historia política y social». Ese es su modo de articulación, su modo de ensamblaje. Por eso llamamos a esta noción transformada «clase prima», de modo que en lugar de clase-multitud-clase, todo el movimiento que estamos intentando esbozar es clase-multitud-clase prima: C-M-C'. Esto sirve al menos de respuesta teórica inicial a nuestra primera pregunta: ¿puede una multiplicidad actuar políticamente? Sí, puede hacerlo a modo de clase prima, a modo de multiplicidad articulada internamente e igualmente orientada en la lucha contra el capital, el patriarcado, la supremacía blanca y otros ejes de dominación. Sin duda es una mera respuesta conceptual y formal, pero quizá pueda ofrecer un marco para plantear y perseguir dicho proyecto político.

6. ELOGIO DE LA ALTERGLOBAIZACIÓN

El 1 de enero de 1994, día en que entró en vigor el TLCAN, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional lanzó una insurrección en Chiapas, México; el 30 de noviembre de 1999, los manifestantes bloquearon en Seattle las reuniones de la Organización Mundial de Comercio; el 25 de enero de 2001, se inauguró en Porto Alegre, Brasil, el Foro Social Internacional, contrapuesto al Foro Económico Mundial de Davos, Suiza; y el 21 de julio de 2001, las multitudes inundaron las calles de Génova para protestar contra la cumbre del G8. El ciclo internacional de luchas alterglobalización que surgió en América y Europa tenía

numerosos defectos: su naturaleza nómada y las prácticas de «salto de cumbre en cumbre» eclipsaron el compromiso con la organización local y sostenida; fueron criticadas a menudo, con especial fuerza por activistas de los propios movimientos, por no desarrollar suficientemente las características interseccionales que acabamos de esbozar; y la temporada de luchas demostró ser relativamente breve, debido en parte a sus propios fallos organizativos. Deberíamos tener en cuenta, por supuesto, que los movimientos fueron también clausurados por los severos regímenes de seguridad establecidos tras el 11-S; los activistas tuvieron que trasladar su atención de la alterglobalización a los movimientos contra la guerra.

La extraordinaria virtud de estas protestas fue su práctica teórica. Construyeron una visión crítica global y lograron, mediante sus acontecimientos orquestados, hacer legible el significado político del ámbito relativamente oscuro de las instituciones económicas globales. Más que como movimiento, por lo tanto, sería mejor entenderlas como una enorme coinvestigación colectiva sobre la naturaleza del orden global emergente. Los activistas sabían que las grandes corporaciones y los Estados-nación dominantes, Estados Unidos el primero, tenían un enorme poder; pero también intuían que el orden mundial era algo más y que era aquí, en el plano mundial, donde debían entenderse las estructuras de dominación contemporáneas. Cada acontecimiento iluminaba otro nodo de la red emergente de la estructura de poder global: la OMC, el Banco Mundial, el FMI, el G8, los acuerdos comerciales, etcétera. El ciclo de los movimientos alterglobalización fue, en consecuencia, un enorme proyecto pedagógico para quienes participaron en ellos y para cualesquiera otros que estuvieran dispuestos a aprender.

Desde entonces, aunque las posiciones relativas de los distintos poderes de esta constitución mixta han ascendido y descendido, las fuerzas de dominación y control del orden planetario no han disminuido en absoluto, por mucho que cacareen los ideólogos de la soberanía nacional. Simplemente se han apartado de la vista y se han vuelto menos descifrables, como si hubieran descubierto una poción de invisibilidad. Hoy en día necesitamos un ciclo de luchas internacional dotado de la inteligencia necesaria para investigar las estructuras del orden global dominante. El trabajo teórico efectuado en los movimientos sociales nos enseña en ocasiones, después de todo, más que lo escrito en las bibliotecas. Revertir su invisibilidad es el primer paso para ser capaces de cuestionar y en último término derrocar las estructuras del imperio.